

se portara, aragoneses.
En ese anciano romero
sólo un malvado descubro,
sólo un impostor encuentro,
tan sólo un agente miro
de los planes del infierno.

TORREL. *(Con calor.)*

Quien dude que es don Alonso,
(dicho sea con respeto
del venerable arzobispo,
á quien acato y venero),
pone mi verdad en duda,
y la lealtad de mi pecho.

ARZOB. De buena fe alucinarse
puede el mejor caballero.

TORREL. *(Resuelto.)*

Repito que es don Alonso,
emperador de estos reinos,
el que he visto esta mañana,
y á quien he hablado yo mesmo.
A la tierra santa un voto
le llevó desde el funesto
campo de Fraga, y cautivo
despues de los sarracenos,
en una mazmorra esclavo
ha gemido largo tiempo,
sin poder venir á España
para reclamar su reino.
Mas pues ya en ella el pié puso
en busca de sus derechos,
y le juré pleitesía
miéntras viviese, contemplo
que es mi obligacion sagrada
servirle, y en todo extremo
cual su vasallo ayudarle
á que recobre su imperio.

*(Hace una profunda reverencia, y vase
seguido de algunos.)*

D.^a ISA. *(Apoyándose desmayada en una de las
damas.)*

¡Ay de mí!

ALVÉR. Yo, con Torrellas,
porque de leal me precio,
á servir á mi rey parto,
como cumple á un caballero.

(Vase seguido de algunos.)

GARCÉS. Y yo tambien, convencido
de que el legítimo dueño
de Aragon es don Alonso,
que nos devuelve hoy el cielo.
(Vase seguido igualmente de algunos.)

D. PED. *(Saliendo en medio de la escena con calor
y entusiasmo.)*

Pues yo juro morir en la defensa
de ese trono legítimo, y mi acro
al que osare traidor hacerle ofensa
justo castigo le dará el primero.
Miente quien dice y asegura y piensa
que es el rey don Alonso ese romero.
Y hoy á la reina el corazon consagra,
si la abandonan todos, Pedro Azagra.
Sí, yo combatiré los desleales:
sí, yo combatiré los impostores.
Aquellos que se precien de leales
cerquen mi enseña, y sigan mis tambores.
Que en medio de esos campos desiguales
escribirá con sangre de traidores
dónde el derecho de mi reina alcanza
el hierro agudo de mi fuerte lanza.
Nobles zaragozanos siempre fieles,
venid ardiendo en saña vengativa,
por reina tal á recoger laureles,
si en la lealtad vuestro blason estriba.
Demos asunto á plumas y á cinceles.
Viva nuestra gran Reina.

TODOS. *(Rodeando con gran entusiasmo á don
Pedro.)* ¡Viva! ¡viva!!!

D. PED. Venid, venid conmigo; defendamos
á la reina y al trono que adoramos.
(Cae el telon.)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

*El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza.
Aparecen LA REINA sentada y abatida, junto á una mesa, y EL AR-
ZOBISPO de pié consolándola.*

ARZOB. Templad, señora, el llanto,
que no es el infortunio para tanto
como para abatir, así deshecho
en lágrimas amargas, vuestro pecho.
El cielo no abandona
la legitimidad de esa corona
que puso en vuestra frente,
y que afirma su brazo omnipotente.
Ese impostor tirano
por aumentar sus fuerzas lucha en vano;
y tan sólo seguro
le da de ese castillo el fuerte muro,
que por vuestros valientes combatido,
pronto ha de verse á vuestros piés rendido.
Y aunque nuevos parciales allegara,
su orgullo se estrellara
y su arrogancia fiera
de Zaragoza en la lealtad sincera,
que ferviente os consagra.

REINA. *(Con la más viva expresion de desconsuelo.)*
¡Mas cayó en su poder Pedro de Azagra!

ARZOB. ¡Pérdida grande!... es cierto:
mas no causó, por dicha, desconcierto
ni abatimiento y susto
en los que aclaman vuestro nombre au-
Hasta el suceso mismo, *(gusto.*
si de Azagra encarece el heroísmo,
demuestra la impotencia y cobardía
de esa desventurada bandera;
pues no osando salir á la pelea
ni combatir á donde el sol la vea,
por don Pedro de Azagra provocada
á singular combate,
rompió la fe jurada,
y al gallardo magnate,
en pérfida emboscada,
diez alevos jayanes sorprendieron,
y sin peligro grande lo prendieron.

REINA. ¡Oh flor de la lealtad y valentía!
¡Ay, desgarrada tengo el alma mía!

ARZOB. El valeroso Aznares,
de cuyo nombre y glorias militares
y valor sin segundo
está admirado con razon el mundo,
al prisionero Azagra reemplazando,
de nuestras fieles tropas tiene el mando;
y su arrojo y destreza
muy pronto rendirán la fortaleza.

REINA. ¡Ay!... rescatar primero
á toda costa á Pedro Azagra quiero.
Si peligra su vida...

ARZOB. No es de temer, señora; defendida
por Torrellas será, pues lo colijo
de ver que siempre lo trató cual hijo.
Y es Torrellas honrado caballero,
que alucinado sigue á ese romero;
el cual nada ganara
si á prisionero tal sacrificara,
que es de Aragon amado,
de ilustre nombre y poderoso estado.

REINA. *(Agitada.)*
No calman mis temores,
que todo lo recelo de traidores;
forzoso es que se trate
á toda costa, sí, de su rescate;
mis joyas, mis preseas...

ARZOB. Pues que tanto, señora, lo deseas,
á don Jofre de Alvéro
mandaré con sigilo un mensajero.
Mas pensarlo es forzoso,
por no arriesgar un paso indecoroso;
y siempre lo es ingrato
entrar con los rebeldes en contrato.
Calmad ¡ah! vuestro pecho
con la lealtad vehemente satisfecho,
y en que mi fe se goza,
que os está demostrando Zaragoza.
Enjugad ese llanto
y confiemos en el cielo santo,
que la razon protege y la justicia,
y del traidor confunde la malicia.

(Suenan campanas á lo léjos.)

Mas ya el bronce sagrado
me llama al ministerio de mi estado.
Corro al altar, y á que resuene el templo,

dando á los fieles fervoroso ejemplo,
con santas oraciones,
que aseguren el triunfo á tus pendones.
REINA. (*Se levanta y le besa la mano.*)
Sí, volad. Y en el santo sacrificio
demandad al Señor que sea propicio
al que, preso y de hierros abrumado,
es de virtud y de lealtad dechado.

(*Vase el arzobispo.*)
REINA. (*Creciendo su agitacion.*)
¿Por mí ¡cielos! Azagra entre cadenas?
¿Por mí en peligro su preciosa vida?
No puedo respirar ¡ay! sumergida
en espantoso piélago de penas...
Ya que á luchar conmigo me condenas,
estrella inexorable en que nacida
fui yo triste, tu rabia embravecida
¿por qué tan sólo contra mí no llenas?
¿Será Azagra infeliz porque lo adoro?...
¿Por qué, si ignora la pasion activa
que en mi angustiado corazon devoro?
Pierda mi trono; el impostor romero
disponga de Aragon, y Azagra viva:
sálvese, y que perezca el orbe entero.

(*Fuera de sí.*)
¿Qué es el cetro y la corona,
qué es Aragon, qué es el mundo
¡oh destino furibundo!
si á Azagra veo morir?
Caiga el sol de su alta zona,
piérdase todo en un día,
y gócese el alma mia
con ver á Azagra vivir.
Hasta mi pecho
desventurado
sacrificado
sea por él:
roto, deshecho,
al medio apele,
que más le duele.

(*Resuelta, acercándose á la puerta, y en voz alta.*)
¡Hola!... ¡Isabel!

Sale DOÑA ISABEL llorando.

D.^a ISA. Señora.

REINA. (*Con viveza.*)

Enjuga el llanto,
tranquiliza tu pecho,
y á tan gran desventura
pongamos un remedio.
Sí, amiga, de consuno
entrambas trabajemos
para romper de Azagra
los opresores hierros.
Salvarle es lo que importa,

que lo demás es ménos.

D.^a ISA. ¿Y yo, desventurada,
yo que tanto lo anhelo,
y que la vida diera
por salvar á don Pedro,
qué podré hacer, señora,
cuando el destino adverso
á tal punto conmigo
se embravece violento,
que hasta perder la gracia
con que me honrabais temo?

REINA. (*Con ansiedad.*)

¿Por qué?...

D.^a ISA. Porque mi padre
alucinado y ciego
os abandona...

REINA. (*Con viveza.*) Calla,
que justamente veo,
en que tu padre siga
ese bando perverso,
de libertar á Azagra
el más seguro medio;
y tú sólo...

D.^a ISA. Señora,
lo que no haga el esfuerzo
y la alta omnipotencia
de vuestro brazo régio,
¿lo hiciera yo?...

REINA. Sin duda:
escúchame un momento:
tan sólo hay media legua
al castillo en que preso
gime, infeliz, Azagra:
corre, vuela te ruego,
habla á tu padre, llora,
y si con torvo ceño
te escucha y no le ablandas,
dí que vas de mí huyendo,
que me detestas dile,
dile... que...

D.^a ISA. Me estremezco.

REINA. Sí, todo por salvarle,
que lo demás es ménos;
dile...

D.^a ISA. (*Conmovida.*)

Señora mia,
jamás, jamás... ¡oh cielos!
y todo inútil fuera:
es mi padre de hierro...
y tenaz, inflexible...

REINA. ¿Resistirá á tus ruegos?

D.^a ISA. Sin duda.

REINA. Pues bien, oye;
otra senda busquemos.
Vé al castillo provista
de cuanto yo poseo,

llévate mis tesoros,
mis joyas y mi cetro.
Todo el oro lo alcanza,
gánate por su medio
una pronta entrevista
¡ay de mí! con don Pedro.
Dile que le levanto
de lealtad el empeño;
que del pleito homenaje
que me hizo, le relevo,
que jure pleitesía
al impostor... que quiero
que le sirva, y le ayude
á arrebatarme el reino,
que maldiga mi nombre,
que destruya mi imperio,
que...

D.^a ISA. (*Consternada*)

¿Delirais, señora?

¿Qué pronunciáis?... ¡oh cielos!

REINA. (*Con vehemencia.*)

Sálvese Pedro Azagra,
que lo demás es ménos.
¡Oh dolor!... sí... tú misma
grande interés en ello
tienes, que es... ¡ay! tu amante,
y te aguardan risueños
y venturosos días...

(*Aparte.*)

Yo me ahogo... ¡Dios eterno!

(*Alto.*)

en amorosos lazos,
llamándole tu dueño.

(*Pausa.*)

Vuela, (*Con viveza*) mi oro derrama,
apura tu talento,
tu amor, tu astucia, todo;
no perdones esfuerzo,
y de cualquier manera,
sin pararte en los medios
y á toda, á toda costa,
salva su vida.—El tiempo
urge, corre al castillo;
ven, sígueme.

D.^a ISA. Obedezco.

ESCENA II

Decoracion corta que representa un corredor interior del castillo de Atarés. Salen BERRIO de soldado ridículo, y SANCHA con una gran cesta cubierta con una servilleta.

BERRIO. (*Enojado.*)

Mal muermo los mate, amén.
Requiebren á la borrica;
pero contigo, Sanchica,
que tengan más ten con ten.

SANCHA. Celoso... si no dijeron

sino que...

BERRIO. ¿Sino qué?... Ya.

SANCHA. Pues si vuelven, voto va...
Saber quién era quisieron
y registrarme...

BERRIO. (*Con viveza.*) ¡Caramba!

SANCHA. La cesta.

BERRIO. Eso es diferente:
que iba á ver, pensé, esa gente
si eras ó no patizamba.
Yo les dije...

SANCHA. Con la tropa
no haya dimes ni diretes;
que te daré de cachetes,
y á ellos un tiento en la ropa.
BERRIO. ¿Quién, tú?...

SANCHA. Yo. Soy militar
tan duro, que de un porrazo
á un gigante le echo un brazo,
como quien dice, á rodar.
BERRIO. ¡Quía! Berrio, ¿te has vuelto loco?
¿De cuándo acá tan valiente?
Desde ayer, y ya la gente
me teme á mí más que al coco.
Anoche salté de un brinco
el foso, hecho un Barrabás,
y de un solo tajo... zás,
arrebané veinticinco.

SANCHA. ¡Qué prodigio!... ¿Y no te duele
el brazo?

BERRIO. (*Muy ufano, con aire de superioridad.*)

¡Pobre muchacha!

SANCHA. ¿No conoces en mi facha?...
(*Burlándose.*)

BERRIO. Tu facha es la de un pelele.
Gracias por el agasajo.

SANCHA. ¿Y qué me traes de comer?
¿O vienes sólo á coger
en la puerta un requebrajo?

BERRIO. Traigo... Pero ya no quiero
por celoso darte nada,
¡ingraton! Muy bien pagada
estoy cuando de porquero
hago por tí allá en la venta;
y el morueco y los marranos
me tienen por esos llanos
ajustándoles la cuenta.

Y cuando con la borrica
vengo tan cargada aquí,
para que tú comas, y...

BERRIO. Te perdonaré, Sanchica.

SANCHA. ¿Perdonarme, tú, bribon...?
¿Eres quien de cerro en cerro
tras mí andaba como un perro
pidiéndome compasion?

BERRIO. Cumplir debo con mi estado;

y aunque tú mi novia eres,
despreciar á las mujeres
propia cosa es de soldado.
SANCHA. (*Riéndose.*)
Si eres soldado postizo.
BERRIO. Vaya muy enhoramala,
que á soldado no me iguala
ni aun el padre que me hizo.
SANCHA. Pues soldado por soldado,
con esta cesta preñada,
voy á buscar á la entrada
á aquél que me ha requebrado.
BERRIO. (*Deteniéndola.*)
¡Sancha, eso no, pese á mí!
que si tú celos me das,
tengo aun de esa cesta más.
SANCHA. ¡Hola...! ¿con que hay hambre?
BERRIO. (*Atacando á la cesta.*) Sí.
SANCHA. (*Defendiéndola.*)
Pues con el hambre se amansan
los animales. Y tú...
BERRIO. (*Enojado.*)
Sanchica de Belcebú,
ya tus desdenes me cansan.
SANCHA. Si no me pides perdon
de tantas altanerías,
se come estas porquerías
aquel bravo moceton.
BERRIO. (*Acariciándola.*)
Anda, no seas bobona,
dale esa cesta á tu niño,
que por tí está de cariño
opilada la persona.
SANCHA. Siendo así, bueno, me ablando.
(*Pone la cesta sobre un poyo que ha-
brá á un lado.*)
BERRIO. Vuelca, vuelca aquí al cesta,
que mi barriga dispuesta
tengo á engullirlo volando.
(*Se sienta.*)
Veamos pues qué traes, Sanchica.
SANCHA. (*Sentándose en el suelo va sacando de
la cesta lo que dice.*)
Un pan, chorizo, jamon,
y aquí abajo en el hondon
viene una cosa muy rica.
Una cebolla.—Además
la bota con cariñena.
BERRIO. ¿Y viene, Sanchica, llena?
SANCHA. Y pronto la agotarás.
BERRIO. Tráela acá, le daré un beso: (*Toma
la bota.*)
bien haya quien la engendró. (*Bebe.*)
SANCHA. (*Sujetándole el brazo.*)
Ya basta de hacer cló... cló...
BERRIO. ¿Y te se ha olvidado el queso?

SANCHA. No lo olvidé, viene aquí.
(*Lo saca y se ponen ambos á comer.*)
Y dime ahora, ¿qué hay de nuevo?
BERRIO. (*Comiendo.*)
Tenemos preso un mancebo
como un oro.
SANCHA. ¿Quién es...? Dí.
BERRIO. (*Sin dejar de comer.*)
De la reina el general,
que ayer tarde con gran brio
salió á pedir desaffio
ahí, en medio de ese erial.
Y desde aquí le llamaron,
y habria bebido un traguito;
pues se acercó muy solito
y diez hombres lo atraparon,
como á una liebre en la cama
diez galgos.
SANCHA. ¿Y es muy buen mozo?
BERRIO. Sólo de verlo da gozo.
SANCHA. ¿Y sabes cómo se llama?
BERRIO. Don Pedro Azagra.
SANCHA. (*Pasmada.*) Ese es
novio de la señorita.
BERRIO. ¿De aquella niña bonita,
hija de Torrellas?
SANCHA. Pues.
¿No te acuerdas que han estado
en la venta á merendar
mil veces?—¡Qué lindo par
despues que se hayan velado!
Y ella que es tan llana y buena
lo afligida que estará!
¡Pobrecita! ¡cuál tendrá
partida el alma de pena!
BERRIO. Venga la bota. (*Bebe.*) Pues no
quisiera yo en el pellejo
hallarme del mozalejo,
que esta gente... ¿qué sé yo?
¿Qué, Berrio...? Dí.
SANCHA. Arrepentido
BERRIO. y mucho, Sanchica, estoy. (*Bebe.*)
En cuanto pueda me voy. (*Bebe.*)
Hay aquí mucho perdido.
(*Se levanta sorprendido notando que
alguien se acerca.*)
¡Santa Bárbara! que viene...
SANCHA. (*Asustada.*)
Y... ¿quién viene...?
BERRIO. (*Con gran miedo y santiguándose.*)
¡San Antonio!
El mismísimo demonio.
¡Jesus! ¡y qué cara tiene!
Si me ve aquí... pronto, chica,
recoge todo, recoge...
que pondrá, como se enoje,

mi cabeza en una pica.
(*Sancha lo mete todo en la cesta con
gran turbacion.*)
Salen D. LOPE DE AZAGRA, con traje
de peregrino, y MAURICIO, y se pa-
ran á hablar sin reparar en Berrio
y Sancha, que demuestran gran
terror.
D. LOPE. Sí, sí, ya resuelto estoy
¡padre infeliz! á abrazarle.
MAURICIO. Mas tratad de alucinarle
sin descubrir...
D. LOPE. A eso voy.
(*Repara en Berrio y en Sancha.*)
¡Cielos...! ¿un soldado allí?
MAURICIO. (*Reconociéndolos.*)
Es el villano simplon,
que era porquero de Anton.
D. LOPE. Fuerza es echarle de aquí.
(*Acercándose y con tono severo.*)
¿Qué hace el vicioso soldado,
solo, con una mujer?
SANCHA. (*Temblando.*)
¡Ay!
BERRIO. (*Turbado.*) Nada malo... comer.
D. LOPE. Vaya á su puesto, ó colgado
será al punto de una almena,
y ella emplumada.
BERRIO. (*Aparte á Sancha que recoge la cesta.*)
Arre allá.
Y cual lo dice lo hará.
¿Ves tú que no es gente buena?
(*Vanse Berrio y Sancha.*)
D. LOPE. ¡Ay como tiemblo, Mauricio!
mi pecho va á reventar.
¡Qué tormento singular,
qué espantoso sacrificio,
tener encerrado así
al hijo del alma mia,
cuya noble valentía
ayer encantado ví!
De su noble corazon
son el arrojo y lealtad
para su padre, en verdad,
terrible reconvenccion.
MAURICIO. Si has de demostrar flaqueza,
cuando ya no falta nada
para que veas colocada
la corona en tu cabeza,
no vayas á donde vas.
D. LOPE. ¡Ah...! No eres padre. Por eso...
MAURICIO. Y si no has perdido el seso,
tú mismo conocerás
que olvidar el que lo eres
es preciso en este paso;

pues olvidándolo, acaso
mostrarás más lo que quieres
á ese hijo. Si por él
cual dices has emprendido
el plan, en que te he seguido
como tu amigo el más fiel...
D. LOPE. (*Profundamente afectado.*)
En favor suyo emprendí
este... crimen.
MAURICIO. (*Con enfado y desden.*)
¿Que me asombre
no extrañarás...?
D. LOPE. (*En tono solemne.*) Es el nombre
que tiene mi empresa. Sí.
(*Con naturalidad.*)
Digo que si en su favor
me he metido en este empeño,
en su favor será dueño
de disfrazarle mi amor.
MAURICIO. En buen hora lo visita,
Mas que sea como rey,
que á hombre de tan alta ley
con interés solicita.
Mas no haya inútil terneza,
ni indiscreta confianza,
que de veras ó de chanza
nos cuesta á ambos la cabeza.
(*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA III

Prision del castillo de Atarés, y sale D. PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, sin
espada y como preso.

D. PEDRO. (*Abatido.*)
Tu amor, divina Isabel,
en tan dura situacion,
derrama en mi corazon
no consuelo, sino hiel.
Tu padre, á mi reina infiel,
hundió nuestro porvenir,
y me condena á morir;
pues, la esperanza perdida
de consagrarte mi vida,
¿para qué quiero vivir?
¿Por qué tardan los traidores
que con tal alevosía
burlaron mi valentía,
en completar sus furores?
De mi estrella los rigores
(pues que ya, Isabel, la suerte
me ha condenado á perderte)
en este oscuro confin
tengan presuroso fin,
en los brazos de la muerte.
(*Se oye ruido de cerrojos.*)
Mas, ¿qué es esto...? Alguien aquí